

CAPÍTULO XI.

La carta.

Por los datos que hasta ahora hemos adquirido en el curso de la presente historia, no hay motivo para creer que el P. Antonio fuera uno de esos seres pacatos que se contristan ante las desdichas de la miseria humana, careciendo del valor necesario para mirarlas frente á frente, sondearlas y aplicarles el remedio propio, según la ocasión y el caso. Más bien debemos presumir, conocida la bondad de su corazón, que habría de encontrar siempre á la mano alguna excusa, alguna circunstancia, alguna consideración que disminuyera á sus ojos la gravedad de las culpas ajenas.

Los amores culpables del comandante con Jacinta, el desafío y todos los demás pormenores del relato que acabamos de ver, no eran ciertamente hechos muy á propósito para alegrar su ánimo; pero por grande que fuese la aflicción que debían causarle los extravíos del comandante, no podían sorprenderle, pues no ignoraba la fragilidad de nuestra naturaleza, las incontinencias de la juventud, y las costumbres poco ejemplares á que tan fácilmente se presta la vida militar. Sabía, además, gran parte de

los sucesos que acababa de oír, y no podían, por consiguiente, cogerle de nuevas. ¿Á qué atribuir entonces la honda y dolorosa impresión que experimentaba?....

He aquí cómo algún tiempo después explicaba él mismo la angustia de su alma.

«He oído de boca de pecadores arrepentidos terribles confesiones, y he sentido un gran consuelo al derramar sobre sus conciencias ulceradas el bálsamo de la esperanza: la misericordia divina se dignaba descender al fondo de estos corazones atribulados.

»No hay desgracia que nos interese tanto como la desgracia de la culpa. Así como la madre tiene un lugar preferente en su corazón para el hijo imperfecto ó enfermo, de la misma manera nosotros sentimos más vivo nuestro amor hacia los pecadores más culpables, porque ellos son los que más necesitan de nuestro cariño y de nuestros consuelos.

»Nuestro dolor es muy grande cuando el pecador hace alarde de su culpa. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué espantoso abismo es el de un corazón sin fe! ¡Qué fría lobreguez se descubre en el alma de aquellos que no creen en la Justicia divina! Señor, donde Vos no estáis, todo es oscuridad.

»Creí que los años, templando el fuego de la juventud, habrían disipado los errores de su entendimiento y corregido las faltas de su vida; pero he oído el relato de sus culpas, y se ha helado mi corazón ante la frialdad de su alma, ante la burla de sus palabras. ¡Infeliz! no cree en nada, porque no cree en Dios.»

En estos párrafos, escritos en la margen de un libro devoto, no se designaba el nombre del pecador á quien las últimas palabras aluden, pero indudablemente se referían al comandante.

La pena, pues, que oprimía el corazón del padre Antonio de la manera que hemos visto al terminar el capítulo anterior, nacía, no de la enormidad de las culpas del hermano de la viuda, sino del triste convencimiento de su empedernida incredulidad. No desconfiaba de que Dios llamara á la puerta de aquella alma escéptica, pero entre tanto padecía el dolor de verla en tan miserable estado.

Suspenso se hallaba el buen sacerdote, buscando alguna frase, alguna palabra con que herir aquella imaginación extraviada, algo que oponer á la ceguedad de su espíritu, cuando el comandante se detuvo, y cruzando los brazos sobre el pecho, miró al P. Antonio, diciéndole:

—Lo veo á V. en ánimo de negarme la absolución.... ¡Bah!.... Tiene V. la manga muy estrecha; mas por eso no reñiremos. Soy muy tolerante en estas materias, y le aseguro que no le he de guardar ningún rencor por ello. V. me niega la absolución, y yo en cambio le ofrezco un cubierto en mi mesa. ¡Ea!: almorzaremos juntos. No conozco el *ménu*, porque Gil, que es un gran cocinero, tiene su orgullo en sorprenderme con la novedad de los manjares que presenta á mi apetito; pero cuente V. con tres platos fuertes y uno de dulce, con varios entremeses, entre ellos salchichón de Burdeos, aceitunas de Sevilla, mantequillas de Soria, etc. Por supuesto, probará V. un jerez soberano y un valdepeñas excelente. Ya sé yo que no le ofrezco á V. en mi mesa las excelencias del pasto espiritual; pero no me negará V. que se trata de un almuerzo medianamente sólido.

Al llegar aquí, la piadosa indignación del P. Antonio no pudo contenerse, y estalló, prorumpiendo con triste solemnidad en las siguientes palabras:

—*Quos Deus vult perdere, prius dementat.*

En esta sentencia expresó todo su pensamiento.

—Habla V. en latín (dijo el comandante); y he ahí otro pecado que debe V. añadir á mi cuenta. Hablo en francés con bastante soltura; estudié en el colegio algo de inglés; pero por lo que hace al latín, no entiendo ni una letra. ¿Se puede saber lo que ha dicho V. en esas misteriosas palabras?

—He dicho (contestó el P. Antonio) una verdad terrible.

—¡Una verdad!.... (exclamó el comandante.) Debe ser curiosa.

—He dicho (añadió el P. Antonio) que Dios ciega á los que quiere perder.

—Sea en hora buena, señor cura: reconozco que es una frase melodramática, teatral, de gran efecto, que me llenaría de pavor si en estos momentos no tuviera otro asunto de tejas abajo que, á lo menos para mí, es más interesante.

El P. Antonio miró al hermano de la viuda con los mismos ojos con que el médico debe mirar al enfermo atacado de mortal dolencia, y guardó silencio, temeroso de irritar con sus réplicas el escepticismo volteriano de que estaba infiltrado el espíritu del comandante, y temeroso también de dar ocasión con sus palabras á las burlas con que se complacía en hacer alarde de las deplorables flaquezas de su entendimiento. Tampoco le parecía conveniente permanecer más tiempo en aquella casa, prolongando tan enojosa conversación; y sin acordarse de la urgencia con que había sido llamado y del objeto, aún desconocido para él, de aquella entrevista, se puso de pie, con ánimo resuelto de retirarse.

El comandante lo detuvo, y haciéndole sentar de nuevo, le dijo:

—No me he tomado la libertad de hacerle á V. venir para hablar de teología, materia en la cual debe V. estar muy fuerte. No he llamado al cura, sino al amigo íntimo de mi hermana.

—En ese caso (dijo el P. Antonio), se trata de un asunto de familia.

—Eso es.

—Pues veamos el caso.

—El caso es bien sencillo; pero antes debemos enterarnos *ce* por *be* de la carta de Gabriel.

—Es verdad (advirtió el P. Antonio): empecé á leerla, y no he concluido.... Me la quitó V. de las manos antes de que acabara la lectura, y presumí que no debía saber más de lo que había leído.

—Al contrario: deseo que la conozca V. toda.

El P. Antonio había revestido su semblante de cierta severidad, preparándose á resistirse á las pretensiones del comandante, sospechando que deseaba su mediación para alguna cosa no buena. «¿Qué querrá de su hermana?....» se preguntaba interiormente.

—Vamos á ver (añadió en voz alta) lo que dice la carta.

—Dice así:

«Querido padrino.»

Aquí se interrumpió, diciendo:

—No sabe que soy su padre: Jacinta ha tenido la discreción de no revelarle el secreto de su origen. Quizá lo sospeche, pero conviene que no lo sepa.

Dicho esto, siguió leyendo:

«He asistido á mi madre durante toda su última y terrible enfermedad, y tengo el consuelo de haber

recogido su último suspiro. Después de haber cerrado sus ojos; después de haber besado con toda mi alma su frente inanimada; después de haberla acompañado á su último asilo; después de haber rezado mucho de rodillas sobre la tierra que la cubre, volví á mi casa, y llorando sin consuelo, escribí á V. la triste noticia. Ahora voy á cumplir su último encargo.

»Cuando las sombras de la muerte empezaron á nublar sus ojos, asió mi mano, y con voz entrecortada por la fatiga, pronunció estas palabras: «Hijo mío, perdóname.» Creí que la fiebre turbaba su razón, y le dije: «Soy yo.... soy Gabriel.—Tú, Gabriel (me contestó), perdóname, y reza por mí todos los días.» Caí de rodillas, y besé su mano, sin saber qué decirle. Parecióme más tranquila, y sentí su mano sobre mi cabeza al mismo tiempo que me decía: «Yo te ben digo, hijo mío.» Después añadió: «Hay un hombre á quien debes cariño y respeto.... Hace mucho tiempo que no lo has visto. La última vez que lo vimos tenías tú catorce años, y ya has cumplido veinte.... Es tu padrino: si algún día necesita de ti, abandónalo todo por servirlo; no omitas ningún sacrificio por complacerlo....»

»La juré solemnemente cumplir en todo su voluntad, y volvió hacia mí sus ojos, y vi pasar por sus labios un ligero estremecimiento: quería sonreírme por última vez. «Debajo de la cabecera (me dijo) encontrarás una llave sujeta á una cinta negra; con esta llave abrirás el cajón de esa pequeña mesa que hay á los pies de mi cama; dentro del cajón verás un paquete lacrado y sellado: es para tu padrino. Tú mismo debes ponerlo en su mano.... Hijo mío, no confíes á nadie este último encargo de tu madre.»

»Aquella mañana había confesado; aquella tarde

recibió la Sagrada Forma, y á media noche se le administró el Óleo Santo de la Extrema-unción. Al amanecer exhaló el último suspiro, cerrando los ojos para siempre á la luz de esta triste vida.

»Dos meses hace ya que me dejó solo en el mundo, y en todo este tiempo no he tenido ni voluntad ni fuerza para abandonar esta casa donde mi madre ha muerto, porque toda ella está llena de sus recuerdos. Aquí me parece que veo su sombra, que siento el ruido de sus pasos, que oigo el eco de su voz.... Algunas noches, en que el sueño me rinde, me despierto azorado porque me llama, y yo, insensato, la busco, creyendo que voy á encontrarla.

»Ya es preciso dar cumplimiento á su encargo.... Mañana saldré de aquí.... ¡Ah!.... esta separación es tan triste como la misma muerte.... Queda algo del que se va para siempre, en la casa en que ha vivido, en los muebles que ha usado, en las paredes de la abandonada estancia en que ha muerto.... El retrato de mi madre se anima ante mis ojos de una manera extraña desde que su alma huyó de este mundo. Alejarme de estos últimos recuerdos, es para mí una separación muy dolorosa.

»Mañana salgo de Sevilla, y voy á entregarle á V. el depósito que mi madre me ha confiado.

»Reciba V. el testimonio del cariño y del respeto que le debe el corazón afligido de su ahijado,

»GABRIEL.»

Terminada la lectura de la carta, el P. Antonio, que había escuchado su triste contenido con religioso silencio y piadoso recogimiento, tomó la palabra, y dijo:

—La madre ha sabido morir; el hijo sabe llorar

á su madre. ¿Se puede saber lo que piensa el padre de todo esto?

—Va V. á creer (contestó el comandante) que soy insensible á la muerte de la pobre Jacinta, y que no me inquieta la suerte de Gabriel, que al fin y al cabo no tengo motivo ninguno para sospechar que no sea mi hijo.... Pero este bribón de Gil (añadió cambiando de tono) nos va á tener en ayunas hasta la consumación de los siglos.

Y diciendo y haciendo, hizo sonar un timbre que había encima de la mesa, al mismo tiempo que Gil se presentaba en la puerta agitando en la mano una servilleta, y diciendo :

—Señor.... el almuerzo.

—Vamos (dijo el comandante, invitando al padre Antonio): ya es hora del rancho.

El P. Antonio contestó sencillamente:

—Perdone V.....; pero yo no almuerzo nunca.

—Ese es un gran sistema, señor cura, para comer con más apetito. V. tomaría al amanecer su hondo cangilón de chocolate, probablemente con bizcochos de monja.... ¡Bah!.... En el regimiento no se pasa tan buena vida, y ha hecho V. muy bien en cambiar el fusil por la sotana.

—Yo (replicó el P. Antonio) entré en el servicio voluntariamente.

—De todas maneras, si no quiere V. tomar parte en mi almuerzo, me verá almorzar, á no ser que la vista de los platos y el perfume de los manjares le quebranten el ayuno.

Hablando de esta manera entró en el comedor seguido del P. Antonio, y tomó asiento en el sillón de vaqueta.

El P. Antonio permaneció de pie delante de la mesa.